



Creemos que el hacer Cuerpo de Cristo con el oprimido y compartir su historia nos hace 'bienaventurados', y al mismo tiempo que nos libera de tantos criterios y esclavitudes nos pone en estado permanente de lucha, incomprensión y persecución. Este estado es plataforma de toda oración y camino del verdadero discípulo (Credo Adsis 5).

# Compartir su historia...

Moderador General

Llevamos un año de pandemia, la tan deseada luz del final del túnel tarda en asomarse, y las contradicciones se agudizan. En esta crisis sanitaria, económica y social, al final, los más perjudicados son quienes menos tienen, dándose un aumento de personas excluidas, desocupadas, desesperanzadas, porque en definitiva esta crisis es una verdadera crisis de valores, donde descubrimos que las cosas no pueden seguir igual, la economía no puede seguir igual, la política, las relaciones... no pueden seguir igual.

Por eso, este año dedico la carta a una de las experiencias Adsis que estamos llamados y llamadas a renovar y actualizar: compartir la vida y la historia con las personas oprimidas, humilladas, aplastadas.

## 1.- URGE UNA CULTURA DEL COMPARTIR

Vivimos tiempos difíciles para la humanidad a consecuencia de la pandemia y de nuestra manera de afrontarla. Si ya en sí misma es un drama social de envergadura, la manera de afrontarla pone en evidencia un comportamiento que deja mucho que desear. Las divisiones, el afán de sacar provecho del mal ajeno, la desigualdad creciente, desvelan la pobreza y miseria de nuestras sociedades "avanzadas".

Pareciera que ante esta tragedia lo más importante no es la solidaridad, sino el competir, salir más airoso que los demás, dejando atrás a muchas personas y países. Estamos en una sociedad en la que el valor del *competir*, de ocupar los primeros puestos, de dejar atrás a muchas personas, de dar

valor al tener por encima del ser, nos hace personas cerradas y desconfiadas. Vivimos en una sociedad que genera cada vez más distancia entre quienes tienen y quienes viven en pobreza, una sociedad que provoca grandes desigualdades y en la que prevalecen los intereses individuales por encima de lo comunitario.

Se trata de un camino que niega a muchas personas el derecho a existir y a opinar, que reduce la convivencia a la prepotencia del más fuerte; y que conduce a buscar soluciones no por la vía del entendimiento, sino al estado permanente de cuestionamiento y confrontación. Así, se va gestando una cultura vacía, inmediateista e insensible, sin un proyecto común, donde muchas personas quedan descartadas, humilladas, porque "ya no sirven" o son una "rémora".

Como dice la Fratelli tutti: *En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un modelo económico basado en las ganancias, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre. Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados (FT 22).*

Por ello, frente al competir, vivimos la urgencia de potenciar una cultura del compartir, que lleva a la solidaridad, sobre todo con quienes viven en los márgenes de la exclusión, ocupando los últimos puestos en el reparto de los bienes. Se trata de pensar y actuar en términos de comunidad, de priorizar la vida de todas las personas sobre la

apropiación de los bienes por parte de algunas; de luchar contra las causas estructurales de pobreza y desigualdad, de un nuevo modo de hacer historia. Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguna persona.

Me refiero a un compartir que va más allá de lo puntual, lo convencional, de lo razonable o de las barreras de todo tipo, y que nos hace sentir que todos y todas nos pertenecemos y necesitamos. Un compartir con sabor a evangelio, que nos habla de los valores del Reino, de sentirnos parte de una misma familia, la de Dios; de tener el mismo ADN que nos hace a todas las personas hijos/as y hermanos/as.

Necesitamos generar una cultura nueva del compartir, donde cada persona se sienta acogida y respetada en su diferencia, y al mismo tiempo pueda descubrirse a sí misma como un don para los demás. Necesitamos generar una cultura del encuentro y la reciprocidad, donde todos nos enriquezcamos mutuamente.

## 2.- DANDO UN VUELCO A LAS RELACIONES

No se pasa de una manera de funcionar, de una cultura a otra, sin más, a base de esfuerzo y buena voluntad. Los grandes cambios en las personas y en las sociedades necesitan tiempos largos de maduración y transformación. Para realizar cambios de raíz, cambios radicales, se necesita algo que no está en nuestras manos, sino que es sobre todo don que nos viene de otros y otras.

Jesús de Nazaret, en su evangelio, propone un vuelco a las relaciones, una manera de vivirlas que trae consigo dicha y plenitud. Se trata de la felicidad de los pobres por el Reino, de los misericordiosos que tienen hambre y sed de justicia, de quienes son compasivos con los que sufren, de quienes tienen corazón sincero y luchan por la paz (Mt 5, 1-12).

Las Bienaventuranzas son la experiencia gozosa de una manera de compartir, la vivencia más profunda del seguidor de Jesús que configura su corazón según la humildad y la mansedumbre del corazón del Maestro; una dicha que es fruto de la solidaridad con las personas que sufren, compartiendo su

historia, caminando a su lado, y luchando junto a ellas por un mundo distinto.

La relación de Jesús con las personas oprimidas de su tiempo les ayudaba a levantarse y a ponerse en pie, les rehabilitaba y les hacía sujetos de su propia liberación. Llevaba a que cada cual sacara lo mejor de sí; y además las unía, agrupaba, hacía pueblo convocado. Y, a su vez, esa relación fue la que hizo vivir a Jesús en plenitud su humanidad, implicándose de tal manera en su historia, que desvelaba en ellas el rostro de Dios y descubría junto a ellas el camino de su misión, de la mayor entrega y transformación.

Desde esa experiencia, Jesús nos propone dejarnos transformar el corazón en la forma en que recibe, escucha y transmite, en la manera de compartir; nos propone unas relaciones abiertas, horizontales y gratuitas, dando y recibiendo de manera recíproca y sin marcar diferencias o dependencias. Nos invita a aventurarnos por un camino de desapego de intereses egoístas, a dejar ir estilos y formas de poseer, maneras de mirar a los demás.

A través de este camino con Jesús y con las personas más vulnerables podremos vivir en verdad, sin dobles intenciones, humildemente y con una profunda conmoción ante lo que él nos muestra por el camino. Solo cuando nos dejamos conmover las entrañas vamos tejiendo nuestras vidas con las personas abatidas, y se modifica nuestra sensibilidad y la misma percepción de la realidad.

## 3.- COMPARTIR SU HISTORIA...

Adsis es una forma de situarnos ante la realidad y de compartir la historia con las personas oprimidas, tal y como decimos en el punto 5 del credo. Hacer "Cuerpo de Cristo con ellas...", es una opción vital que expresa una manera peculiar de compartir, incorporando a las personas que no cuentan y son desechadas a nuestra vida, a nuestro pensamiento, a nuestra oración y a nuestro corazón; considerándolas como el espacio privilegiado de encuentro con Dios, sin el cual nuestra propia oración y vida es vomitada; y sabiendo escucharlas porque es mucho lo que tienen que decirnos de Dios y de nuestra propia vida.

Hacer Cuerpo de Cristo y compartir la vida con personas “desechables” es ser parte de ellas y vivirlo todo teniendo en cuenta a tantos hombres y mujeres, niños, ancianos y jóvenes. Sabiendo que, si a esa multitud le va bien, a nosotros también, al mundo le irá bien. Y si a los que no cuentan, los pobres de esta tierra, les va mal, a todos nos irá mal y este mundo no tendrá remedio.

### NOS HACE BIENAVENTURADOS...

Hacer Cuerpo de Cristo con las personas excluidas tiene también repercusiones en nuestra propia vida. Nos afecta en el sentido de hacernos cada vez más pobres (es lo que trae el compartir), pero también más de Dios. Y esto es una bienaventuranza, una buena aventura que estamos llamados a recorrer, dispuestos a asumir en ocasiones las consecuencias inevitables de incompreensión o difamación.

Compartir la vida con los que no cuentan no es para nosotros una pérdida, es vivir la dicha, la bienaventuranza del Reino. Es vivir la vida con sentido y plenitud, aunque conlleve también, no pocas veces dolor, impotencia, desolación, fracaso o persecución. En un mundo de tantas injusticias, luchar por la justicia, necesariamente implica riesgos de vivir cierta exclusión.

### NOS TRANSFORMA EN SEGUIDORES Y SEGUIDORAS DE JESÚS

“Hacer cuerpo de Cristo con el oprimido” es también para nosotros/as plataforma de toda oración y camino del verdadero discípulo. Solo así podemos ser testigos, ser instrumentos de la Presencia de Dios y de su Misericordia. Y solo podremos vivir esta realidad desde la oración, dejándonos transformar por la Palabra, dejándonos tocar por Jesús y acogiendo el reto que cada día se deriva de la Palabra de Dios. Lo contrario es caer en el riesgo de vivir la Presencia entre las personas empobrecidas como ideología, sin acoger en nuestro corazón y en nuestra vida lo que Dios quiere decirnos en ellas y a través de ellas. Así, junto a las personas excluidas aprendemos cada día a ser discípulos y discípulas del Señor Jesús, a entregar la vida al servicio de su

Reino, como Él lo hace, incluyendo y haciéndose Cuerpo.

### NOS HACE SER COMUNIDAD NUEVA

Compartir la vida con las personas empobrecidas nos lleva a una experiencia nueva de comunidad, como ocurrió con la comunidad de discípulos de Jesús (Jn 6, 1-13). Esa página del evangelio señala una serie de movimientos que tienen un profundo sentido de éxodo; se dibuja un proceso en el cual los discípulos realizan un camino de liberación, donde quedan atrás las relaciones opresivas, de dependencia y esclavitud y se nace a una nueva relación marcada por la libertad y por un compartir nuevo.

Jesús ayuda a sus discípulos a fijarse en la necesidad de la muchedumbre y a asumirla, ensanchando su mirada y su corazón. Les invita a compartir lo que tienen y a ponerlo en sus manos, a vencer su tendencia individualista y a confiar. Ellos comparten no sólo los bienes materiales, sino también sus personas. Después, Jesús pronuncia la acción de gracias y reparte el pan y también a los discípulos. Al final, acontecen “dos milagros”: toda la gente queda saciada, y todavía quedan sobras, doce canastos que representan a la comunidad de Jesús. Es decir, nace una comunidad nueva.

Jesús es el alimento que genera fraternidad solidaria, que nos hace salir de nuestros esquemas y ser comunidades nuevas junto a tantos pobres y jóvenes. En el gran signo de un compartir nuevo, como es la Eucaristía, Jesús nos hace ser comunidad que renuncia a poseer sus bienes y que acepta repartirse para reencontrarse en los “restos”.

### 4.- INVOLUCRARNOS EN UN PROCESO TRANSFORMADOR

El impacto de la pandemia y los reclamos de cambio profundo en el mundo de hoy nos instan a emprender un proceso de transformación en lo político, económico, social y cultural. De alguna manera se nos llama a involucrarnos en ese proceso.

Y junto a ello, se ponen en evidencia dos necesidades vitales:

- La relación cercana, las expresiones afectivas, el contacto corporal, la presencia. Es la hora de los vínculos, en la que se manifiesta la necesidad de cuidarlos como algo muy valioso, como alimento de humanidad y de sentido, a fin de caminar hacia un mundo donde todos nos consideremos hermanos y hermanas, y donde el bien común sea algo central.
- Situarnos no tanto desde la capacidad y el mérito, sino como personas que recibimos el don de la vida, que recibimos mucho de Dios y de los demás, que necesitamos de la bondad y la acogida de los otros y las otras.

Estar conectados con la realidad y, sobre todo, con quienes más sufren en nuestra sociedad, compartir su historia y construir fraternidad universal e inclusiva, es hoy una llamada a estar presentes en clave de transformación. Siempre desde lo pequeño, que es lo que está a nuestro alcance, pero que, por otra parte, es la manera de vivir las cosas del Reino: sin ruido, desde el fermento, ocasionando una eficacia imparable.

## TESTIMONIO

Por último, incorporo el testimonio de una hermana para quien su relación con los más vulnerables, ha marcado su vida.

*“Mis ojos han visto tu salvación” A lo largo de mi vida, mis hermanos y hermanas que más sufren, me han encontrado a lo largo del camino como una luz y promesa del Señor. Tantas veces han sido mis “buenos samaritanos”. Compartir la vida con ellos y ellas me ha hecho bienaventurada pues me ha puesto en encuentros de vida, en evangelios vivos, que me han ido convirtiendo el corazón, para ir perdiendo etiquetas y nombres falsos y mirarme antes sus ojos de misericordia, sin falsas promesas, solo con el deseo y el regalo de que sea su hermana. Ellos me han anunciado la Palabra y me han hecho comprender la vida como una permanente zarza ardiente, invitándome a ralentizar mis pasos, para acoger al Señor en una tierra sagrada cotidiana (María José Encina).*

## PREGUNTÉMONOS...

- 1.- ¿Qué significa para nosotros y nosotras poner en el centro a las personas? ¿Cómo cuidamos y respetamos la dignidad de cada una?
- 2.- ¿Cómo es mi relación con las personas más vulnerables, con quienes más sufren o menos tienen, con aquellas que son despreciadas o ninguneadas? ¿Qué lugar tienen en nuestra vida, en nuestras comunidades?
- 3.- ¿Qué cambios o transformaciones veo que se están produciendo en la sociedad y en nosotros y nosotras, en nuestra forma de relacionarnos y compartir? ¿Me siento invitado/a a dar algún paso nuevo?

